

Crear una memoria

Nancy Cárdenas habla de la crítica teatral

—¿Cuál es el camino para ser crítico de teatro en México?

—Es muy peculiar. No siempre se confía a los egresados de la maestría en Arte Dramático o a quienes se han sometido a una formación literaria sistemática, sino a los que “les gusta el teatro”. Entre los “grandes” la mayor parte son también autores de obras literarias (teatro, ensayo, novela). Entre los jóvenes (desconozco su formación) no se advierte un dominio sólido de las peculiaridades del quehacer crítico dramático. Siempre será lo mismo si no conseguimos, entre todos los que nos dedicamos a esto, sacar de su modorra, ante el potencial significativo de la “representación”, a las mentes de primera.

—¿A cuál escritor consideras modelo de crítico teatral?, ¿y por qué esta falta de interés?

—La crítica teatral es un género literario nuevo. Tenemos tragedias griegas y prácticamente ningún comentario formal de escritores contemporáneos. La que implica no sólo la exégesis de la obra en cuanto a material literario, sino la que comprende el hecho teatral en sí como materia de reflexión es aún más reciente; en este periodo no es de extrañar que el más conocido y difundido crítico sea a la vez un dramaturgo formidable. Me refiero a Bernard Shaw. Tal vez el acto teatral en sí les ha parecido poco importante a las personalidades más destacadas de las letras en todo el siglo XX. No estoy de acuerdo, por supuesto, con este juicio a todas luces superficial; creo que haría falta interesarse a las mentes de primera en el quehacer teatral. Sus observaciones nos darían una memoria mucho más confiable para juzgar la significación de lo que hicieron los que nos antecedieron en el trabajo escénico (actores, directores, escenógrafos, etc.) y la significación de lo que hacemos ahora. En lo personal, me encantaría ver publicado un ensayo suficientemente amplio de lo que significó la puesta en escena de *Los chicos de la banda* firmado por Carlos Monsiváis. O qué opina Octavio Paz de Darío Fo y de mi puesta de *Misterio bufo* o de tu puesta de su obra *La hija de Rappaccini*.

—¿La crítica teatral que se publica actualmente incide en el número de espectadores?

—No. Creo que no. Sólo refuerza. En primer lugar, la crítica de teatro no ha llegado a las páginas de espectáculos sino hasta muy recientemente. Antes vivía la vida de los justos en las secciones culturales. A los críticos les hace falta conseguir el respeto del público tanto como a los actores o a los directores, un público base que nos siga. Esa es una manifestación sólida de confianza. Si el crítico fulano lo dice... Si Nancy Cárdenas dirige...

—¿Qué opinas de la crítica que tus espectáculos han provocado?

—Los mismos críticos están de acuerdo en que ni son todos los que están ni etc., etc. En mi nivel actual, más que me ayuden a mí, necesito que me ayuden a orientar al público para que pueda desentra-

ñar los significados más sutiles de obra y puesta en escena. De *El efecto de los rayos gamma sobre las caléndulas* tengo una nota excelente de Carlos Solórzano (además de la del *New York Times*); de *Cuarteto* una muy buena de Marilyn Ichazo, otra muy graciosa de Rafael Solana sobre la misma. Pero, por ejemplo, de *Los chicos...* no hay una sola significativa. Parece que el fenómeno los superó. Por lo demás, expresándose en sus premios anuales, los críticos han sido evidentemente muy susceptibles a los mejores momentos (significados en el trabajo de mis actores o en el mío propio) de mi labor escénica: hemos recibido muchos premios. Sólo me quejaría de dos omisiones: Sergio Bustamante en *Los chicos de la banda* y Patricia Reyes Spíndola en *El ancla*. Bustamante mostró allí una muy fina y definida calidad de primer actor y Patricia se presentó profesionalmente en teatro con un personaje muy complejo y trabajado con gran cantidad de matices.

—¿Salidas?

—Que nos ayuden a estimular a ese sector de “la inteligencia” mexicana para que vaya al teatro. Ya lo están haciendo con la labor sistemática de la Compañía Nacional y Teatro de la Nación, pero hace falta mayor flexibilidad en la administración y fortalecer las actividades complementarias: programas serios (con datos, notas e información variada); una revista especializada de primera categoría literaria que refuerce y amplíe a *Tramoya* de la Universidad veracruzana; charlas de discusión de lo cotidiano, cursillos con especialistas nacionales y de otros países; becas para actores, directores, escenógrafos y técnicos (de estos últimos no creo que hayan becado jamás a alguno); que no se suspenda la importación de directores y compañías de otros países, etc. Todo esto, por supuesto, estimularía también al público en general para asistir al teatro con regularidad.

Por otra parte, lo que no estimula al público para asistir es esfuerzo prescindible porque la misma participación de la crítica (de primera, segunda o tercera) no tiene más sentido vital que mejorar la comunicación entre el hecho teatral y el espectador al buscar que se exponga más a ser modificado emocional e ideológicamente por las obras de más depurada calidad plástica y una tendencia desenajenante efectiva.

Creo que el teatro que no es visto por un número significativo de personas (que en cada caso difiere, según el alcance del espectáculo en sí) no es ni bueno ni malo. Sencillamente no significa nada.

Entrevistó Ignacio Hernández

